

comprensible el carácter sui géneris del casi medio centenar de artículos de esta selección. Al lector de literatura le llamará especialmente la atención la referencia a varios libros que llevaron a Londoño a elaborar gran parte de estos ensayos. En general son novelas y grandes ensayos de investigación que el lector podrá recoger a lo largo de su lectura y que, a mediano plazo, pueden resultar de incalculable valor para posteriores indagaciones. Haciendo a un lado la irreverencia de su autor y los episodios de egolatría enmascarada que a ratos conducen su discurso hacia una variedad no tan frecuente de autoafirmación, la lectura de *¿Por qué las moscas no van al cine?* podrá suministrar una buena guía bibliográfica así como los elementos básicos para una revisión menos general y más personal de los temas que Julio César Londoño expone aquí en aras, tal vez, de fomentar el naciente ensayo de divulgación y reconciliar, como ya se ha dicho, dos campos del conocimiento: "la ciencia y el arte, una combinación no menos afortunada que el café con leche en la mesa, o la luz y el sonido en el cine".

CARLOS ANDRÉS  
ALMEYDA GÓMEZ

## “Me aburre infinitamente”

**La lenta corriente del río.**  
**Diario de viaje remontando**  
**el Mirití-Paraná**

Ernesto Mächler Tobar  
Intermedio Editores, Bogotá,  
2006, 157 págs.

El autor de esta sedicente novela, tiene nombre de antropólogo y escribe como antropólogo. No estoy seguro, pero a este profesor de mostachos dalinianos creo haberlo conocido en Francia, donde es profesor universitario de renombre así como experto

en viajes y en escondidas tribus indígenas de nuestro país.

El tal Mirití-Paraná no es un brazo principal del famoso río fronterizo de los países del sur del continente, sino un afluente del Caquetá, es decir, hablamos de una zona en la que el Estado nunca ha estado ni tiene por qué estar, a no ser para echarlo todo a perder. Se trata del itinerario de un viaje selvático, simplemente. El viaje real ocurrió hace veinticinco años, en 1983, amparado en una sensibilidad poética y en una historia de desamor.

Si lo examinamos bajo el criterio "acción", aquí no pasa absolutamente nada. Más que aventuras, aquí sólo hay impresiones. Viajero empedernido, entiendo que Mächler Tobar ha publicado otro libro viajero en el que retrata a París y a Barcelona. Su estilo es eminentemente descriptivo.

Su lectura me trajo a la memoria un trozo de Jean-Paul Sartre en *Les mots*:



*Boussenard y Jules Verne no pierden la ocasión de instruir; en los instantes más críticos, cortan el hilo del relato para lanzarse a la descripción de una planta venenosa, de un poblado indígena. Como lector, me saltaba esos pasajes didácticos; como autor, llenaba mis novelas con ellos; pretendía enseñar a mis contemporáneos todo lo que ignoraba: las costumbres de los fueguinos, la flora africana, el clima del desierto. Separados sin quererlo y luego embarcados sin saberlo en el mismo barco y víctimas del mis-*

*mo naufragio, el coleccionista de mariposas y su hija se aferraban a la misma boya, levantaban la cabeza, los dos daban un grito: "¡Daisy!", "¡Papá!". Desgraciadamente un tiburón buscaba carne fresca, se acercaba, brillaba su vientre entre las olas. ¿Escaparán de la muerte los desgraciados? Iba a buscar el tomo "Pr-Z" del Larousse, lo llevaba penosamente hasta mi pupitre, lo abría en la página correspondiente y copiaba palabra por palabra pasando a la otra línea: "Los tiburones son comunes en el Atlántico tropical. Estos grandes peces de mar muy voraces, alcanzan hasta trece metros y pesan hasta ocho toneladas...". Yo me tomaba el tiempo de transcribir el artículo; me sentía deliciosamente aburrido, tan distinguido como Boussenard y, como aún no había encontrado la manera de salvar a mis héroes, seguía tomándome el tiempo entre exquisitas angustias.*

Pues bien, en *La lenta corriente del río* ese tono de Verne aparece a menudo, ya contando como se hace el cazabe o como se levanta una maloca yukuna:

*Desde el amanecer el capitán está fabricando una veintena de flechas de cerbatana; quiere ofrecérmelas como regalo. Son astillitas negras de unos 32 centímetros de largo, parecen de madera de chonta pero provienen de una palma cuyo nombre al igual que tantos otros, he olvidado; no logro retenerlo todo. Se afilan muy bien, después de lo cual se procede a enrollar algodón de monte, silvestre, en el extremo opuesto. Este algodón se pega con una especie de brea obtenida del pez pirarucú (Arapaima gigas). Finalmente, y con hilos de corazón de hoja de palma, se protege el enrollado del algodón para que no se rasgue, apeloque o despeluque, tanto en la caja de las flechas como durante el tiro. Si el algodón se desfleca, la flecha viajará torcida, y el tiro se perde-*

*rá. A las que me ha hecho sólo les falta el curare, pero mejor que no se lo pongan; el accidente podría quedar al alcance de la mano, no se me olvida que un simple raspón sería suficiente para morir. La cerbatana es un precioso trabajo de artífices. Procede del corazón de un durísimo palo negro, llamado mamita. Se cortan dos secciones de 2,60 metros o más, para formar con ellas un tubo que empalme perfectamente; esta parte del trabajo requiere especial cuidado....*

Lo siento, pero este tipo de libro me aburre infinitamente. Me declaro incompetente para gozarlo y más para juzgarlo. Si este fuese un libro de antropología, me digo, pase. Acaso me gustaría, porque iría a él con otros ojos. Simplemente cayó en mis manos porque todos, no sólo yo, caímos en la trampa de creer que se trataba de una novela. Yo prefiero encajonarlo, como lo hizo Pablo Montoya en la revista Piedepágina en el género *Diario* o en *Viajes* o en *Antropología*. Es más, me aburren los libros de antropología y desconozco casi por completo el tema. No puedo relacionar este libro con ningún otro que conozca al respecto. Ni siquiera sé cuáles son las principales tribus indígenas que pueblan el sur de nuestro país y mis únicas referencias son apenas literarias. Reconozco mis limitaciones porque puedo ser muy injusto con un autor simplemente porque el tema no me agrada (aunque si pienso en Rivera o en Castro Caycedo me declaro fanático de las novelas sobre la selva), pero estas eran novelas de aventuras, como las de Julio Verne, como *La jangada*, como *El soberbio Orinoco*, que a pesar de su lado instructivo se dejan leer como novelas. Claro está que pienso en el barón de Humboldt, en el general Rafael Reyes, en Rivera, en Arturo Echeverri Mejía, en Juan José Hoyos, en Jorge Gaitán Durán (otro diario que no funciona como novela), por mencionar sólo a algunos nacionales, excluyendo a otros famosos como Vargas Llosa y Carpentier, que han escrito

sobre estas selvas y aldeañas y se me antoja que todos ellos han presentado libros muy disímiles y visiones del todo antitéticas.

La visión de Mächler, poco y nada tiene de novelística. Sí de diario antropológico y sí de manual de instrucciones de uso de todo. Aquí no hay ni un accidente fatal, ni un furioso ataque de pirañas, ni malaria, ni un episodio de guerrilla, ni un corazón de las tinieblas, ni siquiera a los protagonistas se los traga la selva. No. La corriente del río es lenta... y, al menos para mí, que estaba buscando emociones, aquí no hay ninguna. Por supuesto no quiero decir que el libro sea malo, sino que en mi caso no funciona como novela. Supongo que su interés científico será enorme y que puede tener buen mercado en Francia, donde se leen y estudian a profundidad cosas como ésta, muy del gusto de los franceses. Pero zapateo, por favor, a tus zapatos.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



## Ladrillo, ladrillo, ladrillo

### Biblioteca de escritores jesuitas neogranadinos

*José del Rey Fajardo, S. J.*  
Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Colección Biblioteca del Profesional, Bogotá, 2006, 796 págs.

Nunca había tenido oportunidad de referirme a las bibliotecas de las comunidades jesuitas. No me refiero a las bibliotecas públicas ni a las universitarias, que también las tienen y muy buenas. No solamente el azar, sino una no demasiado escondida pasión de bibliófilo me ha permitido echar vistazos no por rápidos menos interesantes a varias de estas bibliotecas ocultas, diseminadas por el mundo entero. No solamente la de la Universidad Javeriana, sino la de la Gregoriana en Roma, la preciosísima de Chantilly en Francia o

la de la comunidad en Montpellier, en la que descubrí la enciclopedia más asombrosa que haya visto en mi vida, un tratado en no sé cuántos espesos volúmenes, dedicado en exclusiva al estudio de la Santísima Trinidad.



He tenido grandes amigos bibliófilos entre los jesuitas. Disfruto los libros eruditos del padre Félix Restrepo, así como los de mi amigo Manuel Briceño Jáuregui, y varias veces tuve amenas conversaciones literarias con el padre Augusto Ordóñez, fallecido recientemente.

El propósito confeso de este libro es "ofrecer una información precisa sobre los miembros de la Compañía de Jesús que laboraron en tierras neogranadinas desde 1604 hasta 1767". Esto es, añadido, desde su llegada al país hasta su expulsión durante el reinado de Carlos III. Pero la pretensión de tratarse de un libro con interés para el lector no especializado es apenas eso: una pretensión. El deseo del autor, sincero sin duda, de haber contribuido con un libro a la historia de la formación de la colombianidad se queda en eso, en un mero deseo.

No digo que no se deba escribir un libro como éste. Cada quien tiene todo el derecho a levantar el mapa de sus ancestros, más aún cuando se trata de una comunidad religiosa con pretensiones de haber edificado uno de los más grandes imperios, aquel al que Leopoldo Lugones llamó, acertadamente, el imperio jesuítico. El padre José del Rey Fajardo se habría limitado, en